

The page features decorative illustrations of a parrot in flight and various tropical leaves, including monstera and palm leaves, in a light gray line-art style. The parrot is shown in two positions: one in the upper left and another in the lower right, both with long tail feathers. The leaves are scattered around the central text area.

## CAPÍTULO 1

**—¡Cuidado! No queremos meter la pata y que nos atrapen** otra vez —susurró Teo mientras voces apagadas discutían dentro de su mochila. Cuando por fin lo liberaron de su período de detención usual, estaba ansioso por poner en acción el plan al que le había dedicado dos días. Mientras se mentalizaba, avanzó por la calle hacia el objetivo de su broma del día. El anuncio de la Academia, pegado en una pared de ladrillo de la escuela, era imposible de ignorar. En letras grandes y doradas, decía:

**VENGA A VER A LOS TALENTOS DE LA ACADEMIA  
COMPETIR EN  
LAS PRUEBAS DEL SOL**



Sobre el fondo negro del anuncio, figuras altas estaban formadas como una flecha en posiciones de poder, sonriendo para la cámara. Teo reconocía a la mujer que estaba parada en el centro, Brilla, quien había sido coronada como Portadora del Sol en las últimas pruebas. En sus flancos se encontraban Portadores del Sol anteriores, identificables por las coronas doradas con forma de rayos de sol que usaban sobre sus cabezas.

La imagen le provocaba náuseas y, ya que estaba obligado a verla a diario, pensó que al menos podía añadirle un poco de su estilo artístico. Por desgracia, el anuncio era al menos tan alto como él (orgulloso de su metro cincuenta y cinco, muchas gracias) y estaba fuera de su alcance. Allí entraban en escena Peri y Pico. La mayoría de los habitantes de Quetzlan tenían aves que, más que mascotas, eran compañeros. Existía un lazo de por vida entre el humano y el ave, pero solo Teo y su madre (Quetzal, diosa de las aves) podían comunicarse con ellas. O, en caso de él, hacer equipo con ellas para vandalizar un poco la propiedad escolar.

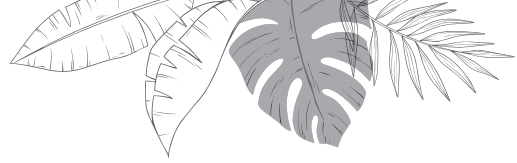
—No hay moros en la costa, salgan —dijo mientras abría la cremallera de la mochila. Al instante, dos aves asomaron las cabezas—. ¿Recuerdan cómo usar esto? —preguntó mostrándoles las latas de pintura en aerosol más pequeñas que había podido encontrar en la tienda.

—¡Por supuesto! —pio Peri.

—¡Me encanta! —agregó Pico y destapó su lata con el pico como un experto.

Los dos caiques jóvenes eran los cómplices de Teo y siempre estaban listos para la acción. Habían accedido a ayudarlo incluso antes de que les ofreciera el mango seco que tenía en la mochila.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Pico con la cabeza asomada para mirarlo.



–Creo que un poco de humildad no les haría nada mal –dijo Teo mientras miraba a los Dorados–. ¿Hacerles rostros ridículos? –sugirió–. Estoy abierto a sus ideas artísticas.

–¡Buena idea! –asintieron los dos antes de despegar.

–¡Intenten apresurarse! –gritó Teo tras ellos mientras miraba la hora en su teléfono.

–¡Cuenta con nosotros!

La mejor parte de la broma era que, para cuando alguien viera su última creación, él llevaría ya un rato en el Templo del Sol.

Durante las Pruebas del Sol se daban las vacaciones más largas en Reino del Sol. Se trataba de una competencia entre los mejores semidioses para mantener al sol con vida y garantizar la seguridad del mundo durante otros diez años. Había iniciado como un ritual sagrado hacía miles de años y se había convertido en un evento televisado y patrocinado que dominaba a las ciudades. Y Teo y su madre debían asistir.

Como un simple Jade, él sabía que no había posibilidades de que le omnisciente Sol lo eligiera para competir; algo que recordaba constantemente gracias a los anuncios que estaban pegados en los edificios y en los postes de luz hacía semanas. También estaban en todas las redes sociales, por lo que eran imposibles de ignorar.

Al igual que sus padres, los hijos de los dioses Dorados eran más fuertes y poderosos que los semidioses Jades; algunos podían crear y controlar los elementos o incluso mover montañas. Asistían a una academia sofisticada, con uniformes sofisticados y entrenamientos elegantes desde los siete años, para convertirse en Héroes del Sol. Eran a quienes se les pedía ayuda siempre que había una emergencia o una catástrofe.



Por otro lado, Teo y los demás Jades no eran considerados tan poderosos como para asistir a la Academia, por lo que tenían que ir a escuelas públicas con los chicos mortales. La Secundaria Quetzlan estaba atada con alambre y el único uniforme que Teo había recibido era un pantalón corto de gimnasia horrible, de color verde lima, y una camiseta gris que no le quedaba. Mientras que los Dorados viajaban por Reino del Sol salvando vidas, la responsabilidad más interesante de Teo era ser jurado en la exhibición anual de aves de Quetzlan. Estaba cansado de que le restregaran en el rostro todos los privilegios de los Dorados.

Pico y Peri usaron las garras para sostenerse del lienzo del anuncio mientras esgrimían las latas de pintura en aerosol para ponerse a trabajar.

—*¡Me estoy volviendo bueno en esto!* —dijo Pico mientras le daba picotazos sin parar a la boquilla del aerosol para rociar con color azul los rostros sonrientes de los semidioses Dorados.

Peri estaba concentrado solo en Brilla y, cuando Teo le preguntó qué estaba dibujando, anunció con orgullo:

—*Dijiste que les hiciéramos rostros ridículos. ¡Nada más ridículo que un gato!*

—Muy astuto —coincidió el chico. El *graffiti* quedó descuidado y, sin dudas, lucía como si lo hubieran hecho dos aves, pero sí que era satisfactorio ver esas expresiones petulantes cubiertas de pintura—. ¡Hora del toque final! —Mientras Pico y Peri descendían para posarse en sus hombros, Teo desplegó un trozo de papel en el que había escrito durante el período de detención—. ¿Pueden escribir esto en la parte superior?

—*¡Ah, es buena, Hijo de Quetzal!* —Pico rio antes de tomar el papel con el pico y salir volando.



–*¿Qué dice?* –Teo escuchó susurrar a Peri cuando voló detrás de Peri con el aerosol listo.

–*No sé, no sé leer!* –Peri sostuvo el papel mientras Pico se esforzaba por recrear las palabras lo mejor posible. El resultado no tuvo ningún sentido, y Teo ocultó la risa con la mano para no herir los sentimientos de las aves.

–*Debía ser un bucle, no un garabato!* –protestó Peri.

–*Es un bucle!*

–*¿Por qué no vuelas aquí para enseñarle cómo se hace, Hijo de Quetzal?* –bufó Peri.

–*No le digas eso! ¡Sabes que es sensible respecto a sus alas!*

–*No hace falta que sea perfecto!* –Teo fingió que no las escuchaba, aunque sus alas se sacudieron en la faja de compresión debajo de su camiseta. Tenían que largarse de allí antes de que alguien los viera. Una lata de aerosol se disparó y cubrió el pecho blanco de Pico con pintura pringosa azul–. *¡No hagan tanto ruido!* –siseó el chico.

–*Mi plumas!* –chilló el ave al tiempo que agitaba las alas con asombro.

–*¿Teo?*

–*Nos descubrieron!*

–*Aborten, aborten!*

Las latas de aerosol rebotaron contra el suelo cuando las aves salieron volando sin dejar de chillar. Al oír pasos, Teo se agachó a recoger las latas para guardárselas en la mochila. Temeroso de quién podía haberlo visto, giró hacia la voz. Por suerte, solo era Yolanda, una de las carteras de la ciudad, que iba acompañada por un loro de plumaje rojo que entregaba cartas por las ventanas abiertas de los vecinos.



–¡Hola, Hijo de Quetzal! –chilló el loro e inclinó la cabeza con respeto.

–¿Qué haces todavía en la escuela? –preguntó Yolanda.

–¡Corría para encontrarme con Huemac! –respondió el chico y cerró la cremallera con seguridad antes de alejarse.

–¡No lo hacías! –Yolanda lo miró como si supiera lo que hacía en realidad.

–Bueno, ahora sí. –Teo mostró los dientes en una sonrisa no del todo inocente. La mujer se echó a reír y le indicó que se fuera.

–Ve. Intenta comportarte durante las pruebas. Huemac ya no es tan joven.

Huemac y los habitantes de Quetzal habían criado a Teo. Su padre mortal había muerto cuando él era un bebé y su madre estaba ocupada con las responsabilidades de una diosa, así que el pueblo había sido su familia. Aunque ya tenía diecisiete años, aún lo cuidaban, a veces demasiado.

–¡Siempre me comporto! –exclamó por encima del hombro mientras corría hacia la acera contraria.

–¡Hablas como un verdadero revoltoso! –La voz de Yolanda voló tras él.

Todas las ciudades de Reino del Sol adoraban a un dios. Las del centro eran más grandes y bellas, y eran devotas a los grandes dioses Dorados como Agua y Tierra. Por su parte, las ciudades más pequeñas de las afueras adoraban a dioses Jades menores como Quetzal.

Teo caminó tranquilo a través de árboles selváticos que se intercalaban con edificios envueltos en enredaderas. Desde afuera, Quetzal lucía como una ciudad que había perdido la batalla contra la naturaleza y había sido devorada por el follaje. Sin embargo, a



pesar de estar un poco deteriorada, era una ciudad orgullosa, a la que sus habitantes mantenían con amor. Su rasgo característico era la abundancia de aves tropicales que adornaban los árboles como si fueran frutas de colores vivos; estaban en cada rincón y vivían alegres con sus compañeros humanos. Allí, las personas y la naturaleza estaban conectadas de forma íntima e inquebrantable. Teo esquivó a la multitud al pasar por un camino elevado, que cruzaba uno de los tantos canales en donde los mercaderes transportaban sus mercancías colgadas en botes y canoas. Al pasar por la lavandería, se cubrió la cabeza con la mochila para protegerse de los colibríes de colores pastel que se lanzaban hacia los transeúntes que se acercaban demasiado a su farola.

Dado que las Pruebas del Sol iniciaban de forma oficial esa noche, había más emoción de la habitual en las calles. Había letreros que rezaban “¡Vea las Pruebas del Sol aquí!” en las ventanas de bares y restaurantes, junto a fotografías de postres con forma de sol y bebidas inspiradas en la deidad. Un grupo de personas se había amontonado frente a la tienda de tecnología para ver las pantallas de televisión en las que pasaban imágenes de Héroes Dorados. Teo intentó escabullirse sin que nadie lo viera, pero, casi al instante, una mano sujetó su mochila.

—¡Teo! —El señor Serrano, un hombre de rostro redondeado, lo arrastró dentro del grupo—. ¿A quién crees que elijan para competir? —preguntó señalando una de las pantallas.

En la imagen partida, algunos Dorados posaban sonrientes con sus uniformes almidonados, mientras del otro lado mostraban videos de los semidioses salvando a gente de catástrofes diversas. En la esquina de la pantalla había una lista de las estadísticas de cada uno.



–A los mejores de los mejores, supongo –respondió el chico, esforzándose por sonar respetuoso a pesar de estar lleno de resentimiento. Por suerte, todos los presentes estaban demasiado ocupados con sus teorías como para notarlo.

–Seguro que le hije de Guerrero –dijo la señorita Morales mientras rascaba el cuello del amazona de corona lila que tenía en el hombro.

–¡El chico Agua es mucho más impresionante!

–¡Ocelo puede acabarlo de un solo golpe!

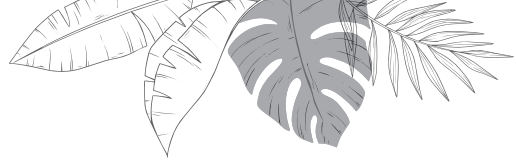
–¡Sol no se fija solo en la fuerza!

Teo puso los ojos en blanco y aprovechó la discusión para escabullirse. No podía escapar de ellos, hasta los chicos de la escuela intercambiaban tarjetas de Héroe Dorados y apostaban sobre a quién elegirían para la competencia. Lo atosigaban a preguntas para tener una opinión interna, como si a él le importaran los Dorados como para estar al tanto.

La luz del semáforo cambió, y Teo cruzó la calle esquivando a un hombre que empujaba su carro de duritos y a una mujer que cargaba una pila de cajas. En la esquina había una bodega, ubicada entre una tienda de alimentos para aves y una de especias. Se trataba de un edificio bajo de paredes anaranjadas, cuyas ventanas estaban cubiertas de anuncios y publicidades. Sobre la puerta, había un letrero con la inscripción “El Pájaro” escrita en letras negras junto a la pintura delicada de un quetzal. En la entrada, un hombre se estaba esforzando para descargar cajas de un camión pequeño.

–¡Espera, déjame ayudarte! –exclamó Teo y corrió para tomar las cuatro cajas con una sola mano sin problemas. La capacidad de cargar más cajas que un hombre de mediana edad promedio era otra de las habilidades útiles que tenía como Jade.





—¡Con cuidado! —El hombre lo miró sorprendido. Luego, cuando Teo movió la pila de cajas y pudo verle el rostro, sonrió de inmediato—. *¡Pajarito!* —dijo con calidez y extendió los brazos a los lados.

—¿Qué hay, Chavo? ¿Necesitas ayuda? —preguntó sonriente.

—Mi espalda ya no es la misma de antes —confesó el hombre con una risita y le dio una palma en el hombro. Tenía una camiseta de color azul cobalto y un cordel con plumas pequeñas del mismo tono alrededor del cuello—. ¿Cómo va todo, chico? —Antes de que Teo pudiera responder, Chavo frunció el ceño, confundido, y preguntó—: ¿No deberías estar yendo al Templo del Sol?

—Solo pasé a buscar mi orden antes —respondió él y cargó otra pila de cajas con la mano libre.

—Vamos, vamos, ¡siempre la tengo lista! —dijo el hombre mientras lo instaba a entrar a la bodega—. Huemac se molestará contigo —agregó con expresión entretenida.

—Dime algo nuevo —bufó el chico. Tarde era tarde, así que no importaba cuánto tiempo fuera, le darían un sermón de todas formas.

Cuando Chavo abrió la puerta, sonó una campanada.

—Una voz enfadada chilló: *¡Sin gatos!*

—Hola, Macho —saludó Teo al dejar las cajas. Macho, un periquito, bajó y aterrizó en el mostrador.

—*¡Ah, eres tú, Hijo de Quetzal!* —respondió distraído mientras inclinaba la cabeza para mirar hacia la puerta.

—¿Por qué está tan alterado? —preguntó Teo cuando Chavo fue detrás del mostrador.

—Ah, no le prestes atención. Es que ese gato callejero anduvo por aquí otra vez.

—*¡Siempre se mete para intentar robar!* —gritó Macho y agitó las



plumas azules mientras saltaba frente al aparador de tabaco—. ¡Sin gatos!

Chavo sacó una bolsa de papel, tan llena que había tenido que cerrarla con una engrapadora.

—¡Aquí tienes!

—¿Recordaste los Chupa Chups?

—¡Por supuesto! —respondió Chavo al tiempo que pasaba la orden por su caja registradora antigua—. ¡Nunca los olvidaría!

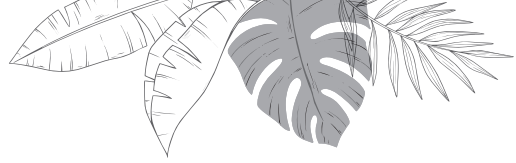
—Genial —sonrió Teo.

—No bromeabas al decir que llevarías provisiones —comentó el hombre con una sonrisa.

—Las necesitaré. —El chico sacó la cartera de su mochila—. El Dios Maíz no permite “azúcar refinado ni porquerías procesadas” en el Templo del Sol.

—Hombre, lo que daría por ir al Templo del Sol —confesó Chavo con un suspiro melancólico, acariciándose la barba de candado—. Nunca vi a un dios Dorado en persona. —Teo no podía culparlo por estar fascinado con los Dorados. Era difícil cruzarse con ellos, en especial en ciudades Jade. Eran aún más célebres que sus hijos semidioses, que eran famosos e intocables. Todos los dioses gobernaban desde el Templo del Sol, y solo semidioses y sacerdotes podían viajar a la isla en el centro del Reino del Sol—. Me gustaría conocer al dios Tormentoso y a Lluvia y agradecerles —agregó con una mirada sobre su hombro.

Detrás de Chavo había dos altares en la pared. El nicho más grande estaba pintado en tonos turquesa y jade, tenía imágenes de aves en honor a la madre de Teo y plumas de todos los colores en el interior. El altar más pequeño y nuevo estaba pintado con un remolino celeste y gris y gotas de lluvia y rayos, y tenía un recorte del



periódico pegado dentro. Lluvia, la hija mayor del dios del clima, Tormentoso, estaba en el centro de la imagen en blanco y negro, radiante y con las manos en las caderas. Tres años atrás, un huracán había azotado la costa oeste de Reino del Sol. A pesar de que los huracanes eran comunes en septiembre, ese estaba avanzando muy rápido por las ciudades Jades occidentales, por lo que debieron convocar a los semidioses hijos de Tormentoso. Lluvia llegó a Quetzlan y logró aplacar la furia de la tormenta lo suficiente como para salvar a los ciudadanos de las calles inundadas. Entre ellos se encontraban Chavo y su esposa.

–Les agradeceré de tu parte si los veo –mintió el chico al entregarle su tarjeta de débito.

–¿Estás nervioso? –preguntó el tendero con las cejas en alto.

–¿Por qué?

Teo frunció el ceño, confundido.

–Tú sabes, por ser seleccionado para las pruebas.

–Ah, ¿por eso? Para nada –bufó el chico. Tomó la tarjeta y el recibo y los guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros–. Solo iré para cumplir con la formalidad. –Durante las últimas pruebas, él apenas tenía siete años, así que no recordaba mucho. Lo que sí sabía era que casi nunca elegían a semidioses Jades para competir. El último había sido electo hacía ciento treinta años y no había salido con vida–. Solo exploraré ciudades Doradas, comeré todo lo que pueda y despilfarraré el dinero en recuerdos. –Sonrió y se le aceleró el corazón al pensar en los viajes y paisajes que le esperaban. Sin embargo, cuando alzó la vista, Chavo seguía mirándolo con preocupación–. Oye, solo eligen a los semidioses más poderosos y honorables, ¿recuerdas? –Le dio un golpe de puño en el hombro para intentar tranquilizarlo–. Soy solo un Jade.



Eso pareció relajar la tensión en el rostro de Chavo, porque recuperó la sonrisa de mejillas rosadas.

–No importa que no seas un Dorado. Eres nuestro héroe, patrón.

–Bueno, bueno, me iré antes de que me haga vomitar. –Teo le arrancó la bolsa de las manos y la metió en la mochila, que ya estaba llena. Chavo se rio al verlo empujarla una última vez.

–¡Deberías pasar por la panadería! –vociferó cuando el chico estaba por salir disparado–. Verónica preparó conchas de color verde especialmente para la Diosa Quetzal.

–Ah, hombre, sabes que no puedo rechazarlas –respondió Teo con una sonrisa.

–¡Te veo en unas semanas! –saludó el tendero.

–¡Contaré los días! –agregó él antes de salir. La campana de la puerta volvió a sonar.

–¡Sin gatos! –siguió la voz de Macho.



Teo podía sentir el aroma de su lugar de destino antes de dar vuelta a la esquina. La calle estaba atestada, llena de restaurantes, carros de comida y camiones de tacos. El aroma penetrante de los tacos al pastor permeaba el aire y la nariz de Teo, junto con el aroma dulce del elote y picante del chamoy. Estaba tan distraído por los rugidos de su estómago que no se percató de que algo andaba mal hasta que la multitud se agitó, todos alzaron la vista y elevaron las voces.

A Teo se le erizó el vello de la nuca y, al instante siguiente, una bandada de aves atravesó la calle. Llenaron el aire con sus chillidos e hicieron que todos miraran hacia arriba cuando sus alas coloridas cubrieron el cielo. Teo intentó descifrar qué estaban diciendo, pero



todas gritaban con pánico a la vez y sus voces se superponían. Una multitud corrió hacia él y casi lo derriba y, entonces, sintió un fuerte olor a humo. Se puso en puntas de pie para ver mejor y percibió que, desde la ubicación de la panadería, ascendían nubes de humo negras y espesas. De un momento a otro, las voces de las aves se volvieron claras.

–¡Fuego! ¡Fuego! –Los gritos humanos se mezclaban con los de las aves. Otra multitud pasó a toda prisa, un mar de cuerpos que intentaban ponerse a salvo. Teo tuvo que aferrarse a un poste de luz para evitar que lo arrastraran.

–¿Dónde está María? –gimoteó una niña.

Teo miró alrededor hasta que vio a una pequeña que lloraba en medio de la calle. Se abrió paso entre el gentío y se arrodilló frente a ella.

–¿Quién es María? –preguntó con toda la calma que la adrenalina le permitió expresar—. ¿Tu hermana?

–Mi muñeca. –*Por el amor de Sol.*

–Necesito que hagas algo muy aterrador, ¿de acuerdo? –dijo el chico mientras presionaba los hombros de la pequeña para que le prestara atención—. Tienes que ir a un lugar seguro y buscar a alguien que conozcas. Yo buscaré a María, ¿sí? ¿Puedes hacerlo?

El ruido de piedra partiéndose llenó el aire y los ventanales de la panadería estallaron. Teo acercó a la niña a su pecho y se inclinó sobre ella al tiempo que las esquirlas volaban a su alrededor. Después de eso, ya no hizo falta que animara a la pequeña, pues salió corriendo enseguida.

El chico levantó la vista hacia el edificio consumido por las llamas. El corazón comenzó a retumbar en su pecho y su respiración se volvió temblorosa y fuerte. La mayoría de los carros de comida funcionaban con gas propano, si el fuego se salía de control, serían



bombas listas para explotar. ¿Cuánto tiempo podía tardar en arder la manzana completa? ¿Alguien había pedido ayuda?

Un grito angustiado resonó en el aire. A través de la cortina de humo, Teo vio un par de brazos que se sacudían con desesperación para pedir ayuda. En un instante, sus pensamientos frenéticos se aclararon y dejaron solo uno: alguien necesita ayuda.

Mientras todos los demás escapaban del rugir de las llamas, Teo corrió hacia ellas.